

# DE CABEZAS, CRÁNEOS Y OTROS TROFEOS HUMANOS ENTRE LOS MAYAS DEL CLÁSICO

---

Gabriela Rivera Acosta  
Escuela Nacional de Antropología e Historia  
<https://orcid.org/0000-0002-2251-1544>

La llamada «cacería de cabezas» como fenómeno bélico fue una actividad que se ha reportado alrededor del globo, y que dependiendo del período y área cultural presentó una naturaleza particular y propia. En esta actividad, las cabezas trofeo como protagonistas fueron la materialización de la justificación cosmológica que dio sentido a su existencia. Sus distintas expresiones se presentaron como partes del mismo fenómeno en diversas regiones. En la actualidad, la presencia de estos poderosos objetos durante el Clásico en la región maya es innegable, aunque ya algunos han tratado el tema, aún hay mucha información que poner sobre la mesa y paradigmas que discutir.

Si bien existe una buena cantidad de cabezas carentes de cuerpo o cercenadas en el arte y el registro arqueológico maya, este trabajo se centra en el estudio de las cabezas obtenidas como trofeo de guerra en el Clásico maya, período para el que se cuenta con su mayor y más claro registro arqueológico y osteológico. De tal suerte, en la investigación aquí presentada sugiero una tipología de las variantes de cabezas trofeo que he logrado identificar, y a partir de sus parámetros de representación y pruebas materiales, se señalan los puntos de identificación y distinción de entre otras testas presentes en el arte maya. Así mismo, al reconocer la cabeza trofeo como un bien obtenido en el campo de batalla, argumento el por qué de no llamar al fenómeno «cacería de cabezas» como se ha acostumbrado. Así, exploro en la toma de cabezas trofeo, su procedencia, obtención y tratamiento que la ubica como un trofeo que dio prestigio y poder a su captor.

## LAS CABEZAS TROFEO

Las primeras representaciones de cabezas trofeo en Mesoamérica fueron datadas para el Formativo Medio (800-4000 a.C.) en monumentos olmecas como la Estela 3 de La Venta y la Estela A Tres Zapotes (Moser, 1973: 7). Para la región maya las violencias más tempranas varían según su naturaleza: en términos osteológicos Sharer y Sedat hallaron en Los Manglares, sitio en las Tierras Altas del Norte de Guatemala, en el montículo principal tres entierros de hombres adultos con numerosos cráneos sobrantes (Inomata 2014: 40). En cuanto a la evidencia iconográfica se refiere, al representar guerreros portando una o varias cabezas trofeo respectivamente, las estelas 21 de Izapa y 1 de El Jobo fechadas para el Formativo Tardío (500 a.C.-0 d.C.) son las más tempranas (Miles, 1965: 258, fig 15b; en Moser, 1973: 8). Mientras que Inomata (2014: 39) afirma haber encontrado la evidencia arqueológica más temprana en Ceibal: una concha *Spondylus* trabajada como cabeza humana decapitada con perforaciones que la reconocen como dije de un collar en posición invertida, fechada para el Preclásico Medio (1200-400 a.C.).

Uno de los ejemplos más representativos es el de Colha, Belice, para el Clásico Terminal. En un pozo junto a la escalera de un edificio al centro de la ciudad se hallaron 30 cabezas decapitadas (Massey y Steele, 2006), con marcas de desmembramiento *peri mortem*. Posteriormente se encontró un segundo depósito masivo de restos craneales y postcraneales que tenía un mínimo de 25 individuos. Lo más interesante, es que ambos depósitos son contemporáneos a la destrucción y abandono de Colha, por lo que se cree representan la ejecución de los miembros de la élite local y la toma de sus cabezas como trofeos de guerra (Berryman, 2007: 392-393).

Depósitos masivos de cráneos de probables cabezas trofeo están reportados en diversos sitios como Chichén Itzá (Ruppert, 1935: 120), Tikal (Coe, 1967: 72) y Dos Pilas (Houston y Scherer, 2010: 181), aunque carecen de estudios osteológicos que los certifiquen como tales. El caso más probable es el de Ixlú, fechado para el Posclásico Temprano, se conforma por seis cráneos con señales de decapitación, ubicados en pares cerca del núcleo ceremonial. Restos

postcraneales decapitados y masacrados de cuatro individuos se ubicaron en un pozo cercano, evidencia que sugiere cierta familiaridad con lo hallado en El Coyote, Honduras, donde se descubrieron dos pozos del Clásico Terminal en la escalera de la plaza central con restos de catorce adultos jóvenes cuyos cráneos se colocaron en los bordes exteriores de los pozos y los postcraneales, mayormente desarticulados, apilados al centro. El tratamiento de la mayoría de las mandíbulas y las marcas en los cráneos sugieren haber sido modificados para ser exhibidos (Berryman, 2007: 393). En común, estos ejemplos presentan falta de ofrendas mortuorias, modificación *perimortem*, ubicación pública entre otras características que apuntan a reconocer el depósito como el enterramiento de cabezas trofeo.

Como es fácil de observar, en la región los ejemplos no son muy claros, pues los informes refieren solo a «depósitos problemáticos» que suelen asumirse como vestigios de sacrificios humanos, y no incluyen información contextual para su plena identificación. Para reconocer el cuerpo mutilado en contexto bélico en el registro arqueológico se buscan marcas antropomórficas que reconozcan la mutilación en un momento cercano a la muerte. Las marcas de corte son extremadamente escasas en contextos funerarios regulares, mas están bien evidenciadas en depósitos de osamentas desarticuladas en contextos no funerarios como se reportó en los sitios de Becán, Calakmul, Piedras Negras y Tikal (Houston y Scherer, 2010: 176-177). La presencia de vértebras cervicales, el mal estado de las mandíbulas, marcas de corte (Berryman, 2007: 378), cocción ligera u otras modificaciones al hueso; son algunos de los principales marcadores de la toma de las cabezas trofeo, sumado la disposición de estas en depósitos masivos, sin ajuar funerario y el ubicarlas como sobrantes en entierros primarios. Características que nos permiten distinguirlas de cráneos de ancestros y decapitaciones rituales que provienen de procesos funerarios en los que se reconocen acciones y materiales rituales asociados que brindaron honor y sacralidad.

### **TIPOLOGÍA DE CABEZAS TROFEO Y VARIANTES**

Resulta difícil apuntar el inicio de esta costumbre en la región, pues en épocas tempranas la representación de cabezas trofeo no fue lo común, o bien, poco se ha preservado. Por el contrario, para el Clásico Tardío (5050-900 d.C.) su presencia en la iconografía tuvo un auge, representando más del 90% del corpus iconográfico<sup>1</sup>. Del cual, el grueso se encuentra en piezas cerámicas, algunas en monumentos y pocas en edificios y elementos arquitectónicos. La plataforma, contexto y, en menor medida, los estándares de representación obedecieron a convenciones regionales; mientras que el contexto tuvo una directa correspondencia con la plataforma. Por ejemplo: los monumentos de Yaxchilán representan el mayor concentrado de gobernantes portando cráneos trofeo como parte de su ajuar, mientras que la cerámica policroma concentra la mayor cantidad de cabezas trofeo portadas por guerreros de alto rango y gobernantes. Los elementos arquitectónicos de las Tierras Bajas del Norte agrupan casi la totalidad de las representaciones de cráneos tzompanli y la región del Usumacinta es la del mayor número de representaciones con la mayor variabilidad de variantes de cabezas trofeo.

Llamamos cabezas trofeo a las cabezas cercenadas de los enemigos de guerra obtenidas en batalla, tomadas sin compensación como trofeos humanos y dotadas de valor cosmológico al ser objetos propiciadores de regeneración de la vida. Bajo estos términos, he generado una tipología de las variantes que se desprenden de las propias cabezas trofeo<sup>2</sup>, las cuales son: cráneos trofeo, cabezas reducidas, escalpes, mandíbulas trofeo y cráneos/cabezas tzompanli, que en algunos casos presentan sub variantes.

Las cabezas trofeo son el grupo más representativo, son el origen y el sentido del resto. Por sus representaciones son fácilmente identificables: cuando están recién cercenadas se muestran aún sangrantes, tomadas por el cabello, con la boca y los ojos cerrados. Mientras que cuando han pasado por algún tipo de tratamiento se muestran decoradas con el cabello atado o suelto, pero peinado; portando orejeras sacrificiales que en ocasiones muestran manchas de sangre; sin expresión, con la boca tapada con un relleno blanco. En ocasiones con los ojos cerrados y más comúnmente con «ojos» completamente abiertos, los que en realidad son algún tipo de piedra, objeto o pintura que suplió la falta de globos oculares como se muestra en las cerámicas K1206, K2342, K3416 y K6416. Solían colgar del rededor de la cintura o del cuello del guerrero captor, en conjunto o por pieza única; en ocasiones decoradas, incluso pintadas completamente de azul como en los murales de Bonampak o de rojo como en la cerámica K5390 y K2206. Estas, al igual que los cautivos, son los únicos seres humanos que se representan de frente reconociendo su

<sup>1</sup> Trabajado en esta investigación bajo los parámetros de reconocimiento sugeridos más adelante.

<sup>2</sup> Parámetro bajo el cual se formuló el corpus de representaciones arriba mencionado.

familiaridad. En contexto arqueológico se pueden hallar junto con sus variantes, y se les distingue de ellas por no presentar ninguna marca de tratamiento intencional, donde la falta de tejidos y órganos corresponde al deterioro natural de los mismos.

Suelen confundirse con cabezas/cráneos de ancestros, sin embargo, estos se distinguen por su tratamiento ritual y jamás presentarse invertidos, por ser cráneos con una muy fina decoración, dígame orejeras de piedra, pequeños tocados o decoración en la parte superior, tres placas de piedra verde por debajo, sin incrustaciones que simulen ojos, y siempre se representan de perfil (Rivera, 2020: 9), como en la Estela 31 de Tikal. También pueden confundirse con las cabezas tomadas por *wahyo'ob'*, entidades anímicas que en la iconografía se muestran consumiendo miembros humanos. Estos seres oníricos las portan con recurrencia, como se muestra en los vasos cerámicos y la que ostenta el famoso *wahyis* esquelético en El Mural de las Cuatro Eras de Toniná; como parte de la depredación anímica. Estas cabezas, a diferencia de las que ahora nos ocupan, pueden mostrar el cuerpo del que han sido desmembradas, con la lengua de fuera y los ojos cerrados.

El cráneo trofeo por su parte, en contexto arqueológico se le debe de distinguir de la cabeza trofeo al mostrar marcas de tratamiento con la intención de desprender tejidos, órganos y cabello para convertirlo en un cráneo. Helmke infiere que se les llamó «cráneo» JOL, lo que reafirma por la aparición del título *aj-jol* «el del cráneo» referido en los textos de Copán y murales de Bonampak (Helmke, 2020: 32). El cráneo trofeo era portado de la misma forma que la cabeza trofeo y podía estar ornamentado: en ocasiones se le colocaban orejeras sacrificiales, se pintaba con diversos colores, podía añadirseles ojos de utilería, se le rearticulaba la mandíbula, se le añadían incrustaciones, pelo, e incluso era tallado con diseños geométricos e inscripciones. Se decoraba con caracoles o listones que colgaban de su parte inferior, y nunca se usaba invertido; como el cráneo trofeo en la Estela de Dos Caobas y el del Dintel 3 de Bonampak. Características dispares a los cráneos de ancestros arriba señaladas. Podían ser expuestos y terminaron su vida de uso al ser reincorporados a la tierra en depósitos masivos, pozos e incluso en los entierros de sus captores.

Un interesante ejemplo es el de Pacbitun, Belice, en donde un par de cráneos trofeo fue identificado gracias a los análisis comparativos con los ejemplares de Pakal Na, Xuenkal y Copán (Wrobel et. al., 2019: 218). Los cráneos trofeo fueron asociados al Entierro N°3, colocados al sur de la cabeza del individuo junto a un recipiente cerámico, que formaba parte de un ajuar de cerámicas y cuentas de jade que le rodeaban (Wrobel et. al., 2019: 218). El Cráneo Trofeo 1 presenta elementos característicos de estos objetos: orificios adyacentes en la línea media de la mandíbula que indican su articulación, dos perforaciones en los parietales posteriores para suspender el cráneo y una serie de agujeros más grandes espaciados en los laterales de los parietales y el frontal posterior para colocar adornos. Alrededor de los agujeros se grabó un patrón decorativo geométrico. Muestra evidencia de pigmento rojo como parte de un diseño extenso que incluía tres cartuchos jeroglíficos, de los cuales se puede reconstruir un segmento que dice *u-lo [...] k b'aak* «es el [...] hueso de», que hace suponer que la inscripción refería el nombre, título y lugar de origen del propietario original o actual del cráneo (Wrobel et. al., 2019: 219). El no personal, sugiero que, al utilizar la misma fórmula usada para mencionar a un sujeto como propietario de un cautivo de guerra, la inscripción debe hablar de este trofeo humano como propiedad del guerrero captor.

En la iconografía, esencialmente monumentos, reconocemos una forma particular de uso de los cráneos trofeo: las máscaras cráneo. Era común que a los cráneos trofeo se les removiera la parte trasera dejando una máscara cráneo, generalmente usada como collar o alrededor de la cintura. Existen diversos ejemplos aun siendo poco comunes en el registro arqueológico. El hallazgo más reciente pertenece al sitio de Chac-Mool, Quintana Roo. Registrado como Elemento N° 21, es un cráneo cortado y pulido en los bordes con 143 perforaciones y mandíbula articulada. Mientras que uno de los primeros registros corresponde al ejemplar del Preclásico ubicado en el Entierro N° 12 de Uaxactún, Guatemala (Terrones González, 2020: 18-19). También se han registrado en Pakal Na, Xuenkal y Copán, con bordes expuestos pulidos y orificios que permitían suspenderlas, otros para articular la mandíbula y otros más para añadir elementos decorativos (Houston y Scherer, 2010: 178).

La siguiente variante ha sido poco o nada trabajada y muy discutida para la región: las cabezas reducidas. La ausencia de su evidencia material no debe de extrañar debido a la dificultad de su conservación, mas contamos con registros escritos e iconográficos que las reconocen. En Mesoamérica tuvieron una presencia amplia, pero muy poco trabajada. Moser (1973: 23, 46) habla de su presencia en zonas como el Golfo, Mixteca Baja, Área Maya y Centro de México entre otras. Tiesler y Cucina (2010: 207) reconocieron su aparición como parte del ajuar de los gobernantes

mayas. Y aunque Baudez (2006: 15) afirmó que solo se trataba de elementos figurativos que obedecían a la humillación del individuo decapitado, me postulo al igual que Tiesler y Cucina (2010) y Helmke (2020) a favor de su existencia.

Naturalmente estas cabezas se reconocen reducidas, con ojos siempre cerrados, una coleta sobre la cabeza y con un relleno blanco en la boca cuando formaban parte de tocados y vestimenta de la élite. Mientras que las usadas por guerreros eran más sencillas, se llevaban en collares, cascós y cinturones; se mostraban solas o en conjunto, al natural o pintadas de rojo, invariablemente con relleno en la boca y mayormente despeinadas o con el atado de cabello usual, y podían usarse invertidas. Algunos ejemplos se muestran en K3984, K2206, K8933, y el Dintel 24 de Yaxchilán y el Mural de la Batalla de Bonampak además de las mostradas en las figurillas de Jaina.

Como forma sintetizada de la cabeza podemos entender la mandíbula trofeo. Su origen parece haberse debido a la dificultad de cargar con la cabeza completa desde la batalla hasta el lugar de origen del captor; haciendo de esta el *pars pro toto* de la cabeza trofeo al igual que el escalpe. Landa señaló que «[...] después de la victoria quitaban a los muertos la quijada y limpia de la carne, poníansela en el brazo» (1959: 93). Esta costumbre puede evidenciarse por lo menos desde el Clásico, en la vasija K5124 se muestra a guerreros usándolas como collares. Se han localizado mandíbulas sobrantes desde una hasta nueve en entierros como el Entierro N°16 de Mountain Cow, Entierro N°56 de Altar de Sacrificios y Entierro IV-I de Toniná (Bequelin y Baudez, 1979: 138, 180). Se han encontrado talladas en Pakal Na, o fragmentos trabajados como en Pusiha (Helmke, 2020: 34). El ejemplar más interesante es probablemente la hallada en la Acrópolis Norte de Piedras Negras la cual presenta marcas de corte profundo en el hueso fresco junto a la superficie medial. Por su naturaleza, las marcas no corresponden a un desollamiento o limpieza del hueso, sino a un corte fuerte en la garganta que no buscó asesinar, sino desarticular la mandíbula o la cabeza; esta acción fue tan brutal, que fracturó la mandíbula en la línea central (Houston y Scherer, 2010: 178-179).

En referencia al escalpe, escalpar refiere a la acción de separar el cuero cabelludo, con todo y el cabello adherido, del resto de la cabeza. Figurillas cerámicas de Jaina, Campeche, reproducen cautivos escalpados (Barrios y Velásquez, 2018: 118). En Baking Pot, Belice, se reportó evidencia osteológica de escalpe de dos individuos (Helmke, 2020: 34; Piehl y Awe, 2010: 57). El escalpado usualmente produce un gran número de marcas de corte que en buena parte se concentran alrededor de las órbitas oculares y la región nasal. De tal suerte, marcas en estas áreas, así como en la mandíbula y alrededor del mastoideo permiten reconocer el proceso de separación del tejido suave del cráneo que pretendió el desollamiento (Piehl y Awe, 2010: 58). Los arqueólogos sugieren que los individuos de Baking Pot fueron escalpados vivos durante la batalla y decapitados en un evento posterior independiente. La falta de cicatrización indica que la muerte fue cercana a su escalpado, pero dio tiempo suficiente para llevar a ambos individuos del campo de batalla al núcleo de la ciudad para su tratamiento ritual, el que implicó la decapitación *peri mortem* y el uso de sus cráneos en depósitos rituales en el Estructura 109 (Piehl y Awe, 2010: 60). Por su naturaleza, la evidencia material de escalpes en Amerindia es muy escasa en sociedades tempranas y previas al contacto, la mayoría proviene del período colonial, de expedicionarios y las guerras de pacificación; aunque aun así, existe evidencia irrefutable de su presencia en la mayoría de las sociedades mesoamericanas prehispánicas (Moser, 1973).

Los cráneos *tzompantli* son osamentas dispuestas a manera de muro, conocido como *tzompantli* por su entrada en nahua. La estructura era esencialmente un andamio de madera con cabezas o cráneos trofeo ensartados en montantes horizontales que los atravesaban de manera temporal-parietal por lo general –en Centro de México–, también podían ensartarse de forma vertical –Área Maya– o suspensión apical –Norte de México– (Mendoza, 2007: 406). En la región maya, se reportaron para el Clásico Terminal y Posclásico en las Tierras Bajas del Norte y Tierras Altas de Guatemala (Miller, 1999: 355). Evidencias arqueológicas señalan la posibilidad de que una forma más temprana y simple fuera la deposición de las cabezas o cráneos en postes.

Una de las características de la toma de cabezas trofeo como fenómeno, es su variabilidad con respecto al tiempo y espacio en toda Amerindia prehispánica. En nuestra región, por la creciente aparición de sus representaciones y evidencia arqueológica, podemos entender que la toma de cabezas trofeo se consolida en el Clásico en las Tierras Bajas mayas. Pero fue hasta el Clásico Tardío y Terminal cuando «cabezas degolladas, calaveras, huesos cruzados y figuras con máscaras de calavera o parcialmente descarnadas se convirtieron en motivos importantes de su arte monumental» (Miller, 2017: 40).

## OBTENCIÓN Y MANUFACTURA

Respecto a la procedencia, obtención y uso de las cabezas trofeo existe cierta controversia. Erróneamente suele explicarse el fenómeno en comparación con grupos de Amerindia etnográfica, cuya práctica fue reportada desde la colonización hasta principios del siglo pasado. Con ello se piensa que las sociedades antiguas que practicaron la toma de estos trofeos humanos debieron de realizar redadas (Helmke, 2020: 34) específicamente organizadas para realizar una verdadera «cacería de cabezas». Sin embargo, al profundizar en los estudios etnográficos, podemos reconocer claras diferencias que permiten entender que las pretensiones, uso, tratamiento y obtención fueron distintos. Una de las distinciones más importantes es la preservación intencional de la cabeza y los rasgos personales de su original propietario, así como el contenido y valor ontológico de la testa y su forma de uso; lo que se encuentra ligado a su forma de obtención y origen.

Es claro que las cabezas trofeo mayas provienen de la guerra y es sumamente probable que pudiesen tener usos rituales posteriores. Helmke (2020: 29) ha propuesto que las redadas fueron la vía de obtención de cautivos y cabezas trofeo. A dichas redadas las definió como acciones que fueron encaminadas a capturar, destruir y planear ataques futuros de determinadas comunidades, con combatientes especializados. Lo que implica la necesidad de una élite militar especializada en la obtención de los trofeos, lo que resultaría que solo los dichos cazadores de trofeos fueran los únicos captores y poseedores. En lo personal, me postulo por que las cabezas trofeo mayas fueron trofeos humanos obtenidos de los conflictos armados como trofeos de guerra, y no fueron realizadas incursiones para su obtención, pues ninguna fuente así lo sugiere para la región maya ni para ninguna otra de Amerindia prehispánica.

Respecto a la obtención del trofeo, si bien se piensa la posibilidad de que se tomase al cautivo vivo y posteriormente se llevara a decapitar a un campamento o incluso a la población del captor, las fuentes y estudios comparados indican que la decapitación se realizó en la batalla misma, detrás o en un área especial. En el mural de La Gran Batalla en Cacaxtla, se muestra a un guerrero a quien se está a punto de decapitar en pleno combate (Mendoza, 2007: 407), los murales de Ixmiquilpan ilustran a guerreros jaguar blandiendo un macuahuitl en una mano y una cabeza trofeo en la otra en plena batalla. Información similar ofrece el mural del la Batalla de Bonampak, donde en el hastial del muro izquierdo se aprecia un área especial detrás del combate, junto a la afamada caja ritual hay un hombre cargando una cabeza trofeo recién cercenada. Posiblemente refiriendo a esta área de repliegue en que se llevaba a decapitar o a tratar las cabezas de los enemigos. Naturalmente después de este proceso, los trofeos eran llevados a las ciudades para formar parte de acciones rituales como sucedió en el caso de los cráneos escalpados en Baking Pot que se mencionaron líneas arriba. Haciendo de las cabezas trofeo y sus variantes, solo aquellas obtenidas en la batalla.

Tomado el trofeo había que llevarlo de vuelta a casa. A partir de un estudio etnográfico de los trofeos humanos en Norte América, Friederici (1907) notó que el tamaño del trofeo se relacionaba directamente con la distancia que el captor debía recorrer para regresar a su territorio, a lo que llamó Modelo de Proximidad de la selección diferencial de trofeos. Esto llevado al mundo maya, da sentido a la variedad que encontramos en la región. De forma que entre menor fuera la distancia a recorrer, el guerrero pudo elegir llevar la cabeza íntegra; mientras que cuando la distancia era considerable, habría de elegir tomar como trofeo una mandíbula o un escalpe.

El proceso orgánico de obtención de la cabeza era un proceso complejo que parece haber comenzado con el degollamiento que trascendió en la decapitación del individuo. Los estudios realizados en Templo Mayor refieren que la decapitación se realizó entre el atlas y el axis, con el sujeto boca a bajo, como se muestra en las escenas de rituales de decapitación (Rivera Acosta, 2020: 3). Sin embargo, los especialistas afirman que la decapitación entre la tercera y la séptima vértebra era un método mucho más sencillo que precisaba hacerse de costado o de frente (Chávez Balderas, 2010: 320), posición que podría haberse asumido con mayor facilidad en la batalla. Por lo que sugiero que la decapitación de costado o de frente, por su practicidad, se usaba en la guerra para la obtención de cabezas trofeo. Algunas mandíbulas halladas en el Cenote de los Sacrificios en Chichén Itzá presentan evidencia de esta variante de decapitación, muestran marcas de la separación de la cabeza del tronco o desnucamiento, quizá con la víctima sujeta por el cabello o hincada, según Tiesler (2017: 48).

Para el tratamiento de las cabezas trofeo existieron diversas técnicas, mas los estudios antropofísicos han determinado que algunas principales son las que prevalecen. No contamos con ningún ejemplar íntegro de las cabezas trofeo maya, pues todo tejido y cabello se perdió con el tiempo, dejando únicamente las osamentas. Por analogía, podríamos pensar que pudieron haber

llevado un tratamiento similar a sus pares andinas, las cuales se preservaron por el clima y no de manera intencional. Los nazca conservaban el cráneo, así como los tejidos blandos que lo rodean, sus ojos eran arrancados y, al igual que la boca, cerrados; las órbitas oculares se rellenaron con tejido de algodón, mientras que el corte de la piel bajo la mandíbula se usó para insertar algodón que torneó los rasgos del sujeto (Forgey y Solan, 2003: 237; de la Torre, 2013: 65), y la mandíbula inferior era atada a los arcos zigomáticos para mantenerla en su lugar (Browne et. al., 1993). No podemos saber con seguridad las variaciones entre tratamiento maya y el andino, pero quizá el resultado final no fue tan distinto, pues Landa registró la recomposición del rostro de los jefes cocom fallecidos: tras desprender el cuero del cráneo mediante una ligera cocción, el rostro desollado se trabajaba con diversos materiales para reconstruir el rostro original del propietario, lo cual, según lo señaló el mismo Landa, lograron con gran éxito (Tozzer, 1941: 131).

Como ya lo señalé, se sugiere la colocación de ojos artificiales, el tejido blando del cráneo debió ser retirado, la boca se rellenaba con una finalidad funcional y probablemente cosmológica, pues con ello se evitaba que se salieran los líquidos que segregaba la cabeza y al mismo tiempo cualquier aliento o ánima que pudiese buscar venganza. De acuerdo con Landa (1959: 130), la boca de los hombres fallecidos era llenada con granos de maíz. Como lo marca la iconografía, las cabezas trofeo del Clásico se sellaban con un relleno blanco. Las cabezas se decoraban bajo ciertos parámetros que compartían con los cautivos de guerra. La paridad de sus imágenes no solo nos refiere la convencionalidad de sus representaciones, también habla de la estandarización de su tratamiento. En contexto arqueológico, estas cabezas no muestran marcas de desollamiento, pues su estado es producto de la desintegración y no de la remoción intencional.

Los cráneos trofeo pueden ser entendidos como el segundo momento de uso/vida de las cabezas trofeo. Naturalmente el desollamiento fue requerido. Varios cráneos de Colha presentan marcas de cortes finos y sin sanar, mayormente alrededor de las órbitas oculares, lo que sugiere el desollamiento tras su muerte (Houston y Scherer, 2010: 181-182) o cercano a ella. La ligera cocción es una marca del proceso de desollamiento que facilita la remoción de la carne pegada. Para mantener la mandíbula fija o articulada tras la remoción de los tejidos, Tiesler (2017: 51) sugiere que las representaciones de los costados de las cuatro plataformas del Cementerio de Uxmal son una posible respuesta: los cráneos ahí representados muestran pliegues de tela o madera que atraviesan las fosas cigomáticas que contienen las mandíbulas. El cartílago se muestra cortado y la mandíbula parece estar separada; así, en ambos lados del cráneo se observan los sobrantes del amarre flexible. Aunque dichos amarres podrían ser orejeras que estarían colgando de alguna perforación realizada con este fin. Los cráneos trofeo también eran decorados, podían presentar amarres u orejeras, podían añadirseles «ojos» y pintura policroma; incluso podríamos pensar en incrustaciones de piedras, conchas, madera y cabello en el área correspondiente.

Como lo hemos señalado, sobre las cabezas reducidas únicamente tenemos como fuente sus representaciones, por lo que su tratamiento solo puede inferirse en relación al de otras culturas. Los jíbaros realizaban un proceso no ritual que implicó el despellejamiento, cocción, secado y remendado; y su reducción que sí era un proceso ritual: el perpetrador calentaba tres piedras de río, se metía una en la cabeza por el orificio del cuello, mientras que algún guerrero viejo o el jefe detenía la mano. La cabeza se movía para rodar la piedra, quemando así los residuos de carne. Al retirarse la piedra, se volvía al fuego; procedimiento que se realizaba con cada piedra. Posteriormente se llevó un proceso similar con arena, mediante el cual se conseguía la reducción. Cada vez que se sacaba la arena, se raspaba con un cuchillo, así la cabeza se secaba y encogía. La cabeza y especialmente la cara se modelaban para mantener los rasgos. Los labios se cerraban y finalmente el trofeo se pintaba de negro (Karsten, 2000: 226-227; Proulx, 1971: 16). La boca se rellenaba de hollín, lo que evitaba que saliera el *muisk* –alma vengativa del muerto– (Harner, 1984: 187-189). La *muisk* busca matar al asesino y a los miembros de su familia (Lee Rubenstein, 2007: 363-364). Quizá el relleno bucal de las cabezas mayas pudo tener una función similar.

Acerca del escalpe sabemos aún menos, pero por analogía con grupos de Norte América se puede suponer que se removía el cuero aún fresco y se colocaba en aros especiales para estirarlo. Se trataba con fuego alternado con períodos de secado, raspando las porciones de carne y dejarlo secar de nuevo. Posteriormente el cabello se peinaba cuidadosamente, la piel se pintaba y el escalpe se decoraba dependiendo quién fuese el dueño de la cabeza (Griffin, 2008: 147-148). Acerca de esta práctica en el área mesoamericana, se reportó que «las cabezas de los que sacrificaban, especial de los tomado en guerra, desollabanlos, y si eran señores o principales personas los así presos, desollábanlos con sus cabellos, y secábanlos para las guardar» (Motolinia, 1979: 42), refiriendo que los escalpes de personajes importantes eran preservados.

Por lo que es posible notar, en ninguna de las variantes se reconoce la importancia de hacer perdurar los rasgos particulares del original propietario, por el contrario, las cabezas trofeo mayas se estandarizaron, decoraron, añadieron y quitaron elementos que dejaban atrás al individuo. Esto es de vital importancia, pues a diferencia de las cabezas reducidas del área amazónica que buscaban mantener los rasgos del enemigo con propósitos vinculados a atributos de su individualidad; entre los mayas, más allá del valor bélico del trofeo, el valor cosmológico se determinó por las cualidades ontológicas de la cabeza entendida como semilla/contenedor de bienes vitales (Rivera Acosta, 2018, 2020).

## CONCLUSIONES

Las cabezas trofeo no solo fueron bienes obtenidos en la guerra, ni objetos rituales desligados de los actos bélicos. Fueron objetos y sujetos complejos con cualidades que aún no comprendemos, enmarcados por su carácter bélico, político y social que los hacía excepcionales como bienes materiales y, por sus cualidades cosmológicas, como seres contenedores de principios y bienes vitales actantes en un ciclo de consumo y regeneración de vida. Los amerindios relacionaron los actos violentos provenientes de la guerra con el parto como creación de vida. La guerra como violencia organizada era un acto cuidadosamente realizado para mantener un ciclo de consumo y renovación.

Las cabezas trofeo eran tomadas a la fuerza sin compensación, por ello su efecto era compensar sociabilidad; fueron inherentes en el establecimiento de interacción social entre el grupo consumidor y el consumido. Al mismo tiempo, no podemos negar que las cabezas trofeo, como todo trofeo humano, sirvieron como muestras materiales de poder y potencia bélica. Una cabeza trofeo en el Clásico maya era una alusión a la justificación cosmológica de la guerra vista como un acto de consumo productivo y al mismo tiempo fueron la materialización del poder y éxito bélico tanto del guerrero captor como de su comunidad.

## REFERENCIAS

- BARRIOS, Ana García; VELÁSQUEZ GARCÍA, Erik: *El arte de los Reyes Mayas*. Puebla: Mueso Amparo, 2018.
- BAUDEZ, Claude-François: «Sang et souffrance du sacrifice maya», *Cahiers d'anthropologie sociale* 2 (2), 2006, pp. 14-32.
- BECQUELIN, Pierre; BAUDEZ, Claude-F. (eds): *Toniná, un cité maya du Chiapas*, Collection Etudes Mésoaméricaines Vol. Pt. 6. Mission Archeologique et ethnologique Française au Mexique. Paris: Editions Recherche sur les Civilisations, 1979-1982.
- BERRYMAN, Carrie A.: «Captive Sacrifice and Trophy Taking Among the Ancient Maya. An Evaluation of the Bioarchaeological Evidence and Its Sociopolitical Implications». Richard J. CHACON; David H. DYE (eds.), *The Taking and Displaying of Human Body Parts as Trophies by Amerindians*. New York: Springer, 2007, pp. 377-399.
- BROWNE, David; SILVERMAN Helaine; GARCÍA, Rubén: «A Cache of 48 Nasca Trophy Heads from Cerro Carapa, Peru», *Latin American* 1993.
- CHÁVEZ BALDERAS, Ximena: «Decapitación ritual en Templo Mayor de Tenochtitlán: Estudio tafonómico». Leonardo López LUJÁN; Guilhem OLIVIER (eds.), *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana México*. México: INAH y UNAM, 2010, pp. 315-341.
- COE, Michael: *Tikal, a Handbook of the Ancient Maya Ruins, with a Guide Map*. Philadelphia: University of Pennsylvania, University Museum, 1967.
- DE LA TORRE ZEVALLOS, Juan Carlos: «Hallazgo de una cabeza cercenada (cabeza trofeo) en el valle de Nasca (Perú): Detrás del ritual y la víctima», *Estudios Atacameños Arqueología y Antropología Surandinas* 46, 2013, pp. 61-82.
- FORGEY, Kathleen; WILLIAMS, Sloan R.: «Cabezas trofeo nasca: evidencias osteológicas y arqueológicas de la colección Kroeber», *Revista Andina* 36, 2003, pp. 237-261.
- FRIEDERICI, Georg: «Scalping in America», *Annual Report of the Smithsonian Institution*, 1906. Washington, DC: U.S. Government Printing Office, 1907, pp. 423-438.
- GRIFFIN, Anastasia M.: *Georg Friederici's Scalping And Similar Warfare Customs*. Tesis de Maestría, Department of Germanic and Slavic Languages and Literatures. Colorado: University of Colorado, 2008.
- HARNER, Michael: *Jivaro: People of the Sacred Waterfalls*. Berkeley: University of California, 1984.
- HELMKE, Christophe: «Tactics, Trophies, and Titles: a Comparative Perspective on Ancient Maya Raiding», *Ancient Mesoamerica* 31, 2020, pp. 29-46.
- HOUSTON, Stephen; SCHERER, Andrew: «El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana». Leonardo López LUJÁN; Guilhem OLIVIER (eds.), *La ofrenda máxima: el sacrificio humano en la parte central del área maya*. México: INAH y UNAM, 2010, pp. 169-194.

- INOMATA, Takeshi: «War, Violence, and Society in the Maya Lowlands, Embattled Bodies, Embattled Places». *War in Pre-Columbian Mesoamerica and Andes*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2014, pp. 25-56.
- KARSTEN, Rafael: *La vida y la cultura de los shuar. Cazadores de cabezas del amazonas occidental, la vida y la cultura de los jibaros del este del Ecuador*. Ecuador, Quito: Ediciones Abya-Yala, 2000.
- LANDA, Fray Diego de: *Relación de las cosas de Yucatán*. México, D.F.: Editorial Porrúa, 1959.
- MASSEY, Virginia; STEELE, Gentry: «A Maya Skull Pit from the Terminal Classic Period, Colha, Belize». Stephen WHITTINGTON; David REED (eds.), *Bones of the Maysa: Studies of Ancient Skeletons*. Alabama: University of Alabama Press, 2006, pp. 62-77.
- MENDOZA, Rubén: «The Divine Gourd Tree. Tzompantli Skull Racks, Decapitation Rituals, and Human Trophies in Ancient Mesoamerica». Richard J. CHACON; David H. DYE (eds.), *The Taking and Displaying of Human Body Parts as Trophies by Amerindians*. New York: Springer, 2007, pp. 400-443.
- MILLER, Virginia E: «The Skull Rack in Mesoamerica». *Mesoamerican Architecture as a Cultural Symbol*. New York: University Oxford Press, 1999, pp. 340-360.
- MOSER, Christopher L.: «Human Decapitation in Ancient Mesoamerica», *Studies in Precolumbian Art and Archaeology* 11, 1973, pp 5-72.
- PIEHL, Jennifer C.; AWE, Jaime J.: «Scalping as a Component of Terminus Structure Ritual at the Site of Baking Pot», *Belize Valley Research Reports in Belizean Archaeology* 7, 2010, pp. 55-63. Belize: Institute of Archaeology, NICH.
- PROULX, Donald A.: «Headhunting in Ancient Peru», *Archaeology* 24, 1971, pp. 16-21.
- RIVERA ACOSTA, L. Gabriela: *De cuando se hicieron montaña lo cráneos y mar la sangre. La guerra en el Clásico maya*. Tesis de Doctorado Posgrado en Estudio Mesoamericanos, UNAM, México: 2018.
- RIVERA ACOSTA, L. Gabriela: «Repensando las cabezas trofeo mayas», *Axis Mundi* 2, 2020, pp. 1-10.
- RUBENSTEIN, Steven: «Circulation, Accumulation, and the Power of Shuar Shrunk Heads», *Cultural Anthropology* 22, 2006, pp. 357-399.
- RUPPERT, Karl: *The Caracol at Chichen Itza, Yucatan, Mexico*. Washington, D.C.: Carnegie Institute of Washington Publication, 1935.
- TERRONES GONZÁLES, Enrique: «Un cráneo máscara en Chac Mool Quintana Roo», *Hola Tulum* 16, [<http://www.holatulummagazine.com>]
- TIESLER, Vera: «Cráneos perforados y tzompantlis en Chichén Itzá», *Arqueología Mexicana* 25 (148), 2017, pp. 46-51.
- TIESLER, Vera; CUCINA Andrea: «La deformación craneana como emblema de identidad, etnicidad y reproducción cultural entre los mayas del clásico». Héctor HERNÁNDEZ; Marcos POOL (eds.), *Identidad y vida cotidiana entre los mayas*. México, Mérida: UADY, 2010, pp. 111-134.
- WROBEL, Gabriel; HELMKE, Christophe; GIBBS, Sherry; MICHELETTI, George; STANCHLY, Norbert; POWIS, Terry: «Two Trophy Skulls from Pacbitun, Belize», *Latin American Antiquity* 30 (1), 2019, pp. 218-223.